

Pequeña Crónica [Ascenso en globo aerostático]*

¡Del espacio, mis lectores, desde regiones puras y etéreas, desciendo en estos momentos!

Acabo de pasar muy cerca de media hora alejada de las cosas terrenas en la canastilla del “Ciudad de México”, y al contemplar la Tierra a mis pies, bajo una altura de 525 metros, os aseguro que olvidé por completo las crónicas dominicales y demás miserias humanas.

Pero no bien he descendido, he tenido que volver, a pesar mío, del *rêve* encantador que me había forjado, y encontrarme con que ya era hora de mandar el original a la imprenta, de escribir, pues, la crónica.

¿Qué mejor asunto que referiros mis impresiones de viajera aérea?

Y allá van, pues, aunque en estilo pedestre y desgarrado. Confieso ingenuamente que al entrar a la canastilla del aerostato, experimenté emoción profunda. No era temor, era la impresión sola que causa siempre lo desconocido.

Alguien me advirtió que estuviera inmóvil; un fotógrafo afocaba su cámara para sacar una vista de la barquilla, luego dijeron: “¡Listos!”, y yo procuré analizar detenidamente mis impresiones.

* * Victoria González, *Abeja*, “Pequeña Crónica” [Ascenso en globo aerostático], *El Partido Liberal*, t. XV, núm. 2407 (19 de marzo de 1893): 1.

El globo principiaba a elevarse sin movimientos bruscos, lentamente, más bien antojábase que permanecía inmóvil, como enclavado en el espacio, y que la Tierra se hundía lentamente bajo mi vista. Los objetos disminuían en proporciones; cuando la altura no era mucha todavía, a través de aquel espacio límpido llegaban hasta mí esos mil ruidos confusos que denuncian la vida laboriosa de las grandes ciudades; luego nada, el silencio y el aislamiento absoluto. Entonces me pareció que estaba fuera de todo lo humano. ¡Qué calma tan plácida la del espacio!

Las ondas del aire permanecían inmóviles, como las de un mar adormecido, y entre ellas flotaba la barquilla serena, sin bruscos cabeceos, siempre ascendiendo sin dejarlo sentir.

Fernando Veraza, mi amable *Cicerone aéreo*, me mostraba hacia qué lado era más hermoso el paisaje; Baldwin el aeronauta, allá en la altura, cómodamente instalado entre los cables que sujetan la canastilla, feliz, en su elemento, dejaba oír una melancólica canción americana, que interrumpió para exclamar en inglés: “¡El panorama del valle de México es uno de los más bellos del mundo”. Y, efectivamente, ¡qué hermosísimo paisaje!

Allá a lo lejos, la cordillera de los Andes mexicanos, las montañas azulosas por la distancia, cortando con sus bases la llanura y con sus atrevidas crestas limitando el horizonte.

Luego, inmenso espejo de cristal bruñido, el lago se extiende más allá, y los rayos del sol brillantes atraviesan la

atmósfera, dorando los átomos flotantes que aparecen como vapor de oro desprendiendo de la tersa superficie en que reverbera la luz.

Hacia el otro lado, la “Mujer blanca” perpetuamente inmóvil, duerme envuelta en níveo sudario sobre el titán de piedra, y el Popocatépetl yergue su helada frente, y en medio del brillante, alegre paisaje, parece un viejo triste en un jardín, contemplando con melancolía las galas de la naturaleza.

Después los campos verdes de tonos suaves, tienden alfombra de terciopelo a la ciudad que, perezosa, se reclina en ella; las arboledas, aquí y allá, semejan serpientes de tonos verdinegros, tendiendo sus anillos para calentarse al sol.

Luego, la población, tan grande, tan populosa aquí abajo; tan pequeña, tan silenciosa, vista desde arriba; comparada con el inmenso espacio que la mirada abarca, es sólo un punto, y a su vista, ocúrrese pensar en la pequeñez de este átomo perdido en lo inconmensurable, el planeta microscópico que navega en lo infinito, habitado por seres de proporción casi insignificante que se juzgan titanes. Pero la voz del aeronauta me hace volver a la realidad, cuando empezaba a dejarme llevar por la imaginación; y ¡qué fortuna!, ¡cuántas tonterías más os hubiera dicho! “No más”, dice. Y, efectivamente, ya no ascendemos.

Durante 5 minutos que pasan rápidos, breves como un segundo, el aerostato siente verdaderamente su cautiverio. El cable lo sujeta, no lo deja irse, y él se estremece de cuando en cuando, como anhelando romperlo. Pero es de tal manera grandioso el espectáculo, es algo tan nuevo, tan delicioso, que la idea de un peligro, ni aun remota viene a la imaginación; más aún, casi se sienten deseos de que, rompiendo el cable, se fuera el cautivo lejos, muy lejos, adonde nuevo horizonte se ofreciera a la vista. Pero no, ya pasó el tiempo fijado, ya bajamos. Ninguna sensación desagradable, los objetos que se aproximan y crecen, hacen comprender que se desciende. Vuelven a escucharse rumores de vida, los seres no son ya átomos, y pronto, muy pronto para el deseo, volvemos otra vez a la Tierra. Terminó el delicioso viaje, salgamos de la canastilla.

*

* *

Después de mis gratas impresiones de aeronauta, ¿qué queréis que os diga? Dejadme abandonar por un momento las cosas terrenas, ¡quisiera que al volver de ese medio purísimo, hubiera traído algo de él conmigo. Haber anegado mi espíritu en esa placidez de lo etéreo, y que al recibir algo así como un bautizo, allá en el espacio, pudiera traer algo nuevo en mi ser: no ser ya la cronista monótona, intolerable, que no sabe hablar de otra cosa que de las fiestas tantas veces vistas, tantas veces descritas.

En otra ocasión quizá *La dama de las camelias* (aunque dicen que es cursi romanticismo) me habría impresionado, y os hubiera dicho cómo ama, cómo goza y cómo se muere en el Principal. Os diría algo de la ya muy próxima llegada de Burón, de los nuevos actores que traerá y de las obras que nos dará a conocer; de la compañía de opereta italiana, que va a traer unas prima donas guapísimas, y hasta puede ser que me lanzara por terreno árido y escabroso, y que la próxima Semana Santa me inspirara algunas filosóficas reflexiones.

¡Pero qué queréis! Voluble como todo el mundo (dicen que es defecto de nacionalidad), estoy demasiado embargada por mis impresiones aéreas, me he vuelto por un momento tan sólo, así lo espero al menos, romántica y soñadora; me rebelo contra mi misión de cronista, todo se me antoja pequeño e insignificante, y opto mejor por poner punto a mi escrito, que para tan malo ya bastante largo ha sido.

Abeja